

Nuestra América: Sus ideas **De cómo América apoyó (¡debió ayudar!) a los EEUU y al mundo**

■ Horacio Cerutti Goldberg

Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos

Divertimento ucrónico acerca de cómo hubiera sido la historia si no fuera como es

(Una fraternal invitación de Hugo Zemelman me llevó a participar en el Foro / Debate organizado por el posdoctorado en pensamiento latinoamericano de la UCM sobre “¿Qué significa y cómo se manifiesta en nuestro tiempo la colonialidad del saber?”, el día 8 de octubre. El miércoles 3 terminé el texto que aquí se incluye y en el cual juego con ideas de quienes participamos en la mesa. Para los interesados en las posiciones de Edgardo Lander, Enrique Dussel y Aníbal Quijano, cf. Edgardo Lander (editor), La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales, perspectivas latinoamericanas (Caracas, UNESCO / UCV, 2000, 348 págs). En cuanto a mis propias ideas, cf. Rubén García Clarck, Luis Rangel y Kande Mutsaku, Filosofía, política y utopía. En torno al pensamiento y a la obra de Horacio Cerutti Goldberg (México, UNAM, 2001, 342 págs.). Además, retomo planteamientos de Carlos Lenkesdorf en alguno de sus estudios todavía inéditos sobre pensamiento tojolabal. Por supuesto, la responsabilidad es exclusivamente mía).

Año 2135. En una casita de los barrios recién restaurados de Bagdad —aquella ciudad que fue fundada en el siglo II de la hégira (s. VIII d.C.), llamada por su fundador, Al-Mansur (segundo califa abasí, 136-158 de la hégira / 754-775 d.C.) Madinat-as-Salam, la ciudad de la paz, con el fin de rememorar en la tierra el recuerdo del paraíso cósmico, el Dar as-Salam del Corán— pues

bien, en esa ciudad restaurada después de múltiples conflictos se recuperó un *disquete* que recoge datos fundamentales. El texto, muy valorado a inicios del tercer milenio de la era cristiana en aquellas regiones del globo, relata inverosímiles acontecimientos de la historia latinoamericana de la época y pasó del árabe al hebreo, luego al griego moderno, para vertirse al italiano, al finlandés y aparecer finalmente en mapuche y créole. Se hizo accesible en el adelantadísimo descendiente de los teléfonos celulares, que brinda directamente texto, imagen y sonido en la piel de las manos de los usuarios. Los fragmentos conservados se reproducen a continuación.

Cuando se vio por TV la segunda repetición –de una serie ininterrumpida y agobiante de reiteraciones de las mismas imágenes- de lo ocurrido el 11 de septiembre de 2001 en Manhattan, la población latinoamericana se puso en marcha como si de una sola persona se tratase. Las principales cadenas de TV en todos los países de la región fueron ocupadas, enviados especiales fueron remitidos a los principales puntos del globo donde se gestaban los acontecimientos, los periódicos faltos de postura crítica o abiertamente amarillistas dejaron de comprarse y tuvieron que cerrar, las radios incrementaron hasta el límite de sus capacidades los programas de opinión y debate con especialistas en diferentes facetas de la conflictiva realidad internacional. Pareciera que la población advirtió con fino olfato que era ya imposible seguir permitiendo que se siguiera construyendo la realidad por parte de los medios al libre arbitrio de los sectores hegemónicos. Era como si el nuevo orden informativo internacional, tan añorado en décadas anteriores, se hubiera puesto en marcha paradójicamente por iniciativa de los siempre pasivos espectadores.

La mayoría de los gobernantes entendió muy rápidamente el mensaje y comenzó a hacer valer la autoridad moral que todavía conservaba la región frente a su vecino del norte y, por supuesto, aquellos puntos de valor comercial y / o estratégicos desde donde podía reforzar su peso y presencia internacional. Quienes no lo hicieron, tuvieron que dejar sus puestos arrasados por lo que parecía vigencia de una consigna coreada en innumerables marchas del Cono Sur en los años 60 y 70 del siglo XX: con los dirigentes a la cabeza o con la cabeza de los dirigentes... Prefirieron conservar, sensatamente, sus cabezas...

Pareció como si las élites hegemónicas estuvieran, quizá por primera vez en la historia de la región, dispuestas a jugárselas con las poblaciones, con las grandes mayorías. Se hizo escurridizo el establecimiento del por qué. Quizá por un sano criterio de supervivencia. Difícilmente por algo así como patriotismo. Lo que se pudo constatar, en todo caso, es que la fuerza de la movilización generalizada de la población impuso sus reglas de juego. Aunque se les consideraba casi irrecurables, a todos los tecnócratas se los envió a campamentos de rehabilitación y reeducación en la Antártida: tal era el afán de oponerse a la interpretación excluyentemente punitiva de la justicia. Se acabaron los presupuestos de guerra

y las Fuerzas Armadas y de policía fueron reorganizadas como fuerzas de apoyo comunitario para la emergencia de la humanidad.

De manera sorprendente, entonces, los gobernantes de la región comenzaron a hacer recomendaciones sensatas a los gobernantes usamericanos. Pusieron sobre la mesa la necesidad de respetar un orden jurídico internacional en el cual la máxima de Benito Juárez fuera la regla de oro: *el respeto al derecho ajeno es la paz*; insistieron en la imposibilidad de considerar la situación como una guerra; se opusieron a que el Consejo de Seguridad de la ONU dictara las pautas a seguir y exigieron la convocatoria a la Asamblea General; negaron cualquier tipo de apoyo a medidas de guerra que involucrarían —sin margen de error— a civiles inocentes: no acceso a petróleo y otras materias primas estratégicas, cierre de fronteras para productos y visitantes usamericanos, control de visados actualizados, expulsión de todos los ‘servicios’ y fuerzas militares o paramilitares de ese origen en la región cualquiera fuese el subterfugio como lucha contra el narco, asesoramientos técnicos, etc. Como contraparte, alentaron la repatriación de todos los connacionales que así lo desearan con apoyos y subsidios para su renovada radicación en la región; el libre tránsito en toda la zona y procuraron garantizar los derechos laborales en estos países. Con la Unión Europea impulsaron la ratificación de lazos de cooperación basados en el mutuo respeto y condenaron inapelablemente a expulsión lisa y llana a aquellas firmas de ese origen que no acataran las normas legales vigentes en estos países.

Es difícil narrar —por la secuencialidad misma de la narración— lo que ocurría, porque los acontecimientos se yuxtaponían, se entremezclaban, se superponían unos a otros a una velocidad de cambio inaudito. El vértigo provenía, quizá y leído todo *a posteriori*, de una capacidad colectiva para sobreponerse al temor y para hacer valer la esperanza y la afirmación de la vida contra todas las manipulaciones y chantajes habidos y por haber. Como si una oleada de lucidez atrapara masivamente, como si una epidemia de fraternidad incontenible se hubiera desatado de manera irreversible. Ante la fuerza irrefrenable de esta energía positiva —¿humanista?— nadie se arredraba y los peores males de la humanidad iban cediendo como frágiles artificios. Todas las presuntas naturalizaciones manipuladas se visibilizaron casi de golpe y en un plumazo fueron historizadas a plenitud.

La transformación interna de la sociedad latinoamericana la hacía irreconocible. El martiano aserto: no hay razas, se hizo realidad. Finalizada la discriminación sin fundamento biológico alguno, la democratización se institucionalizó sin una sola demora constitucional. Mandar obedeciendo y la fuerza del NOSOTROS se evidenciaron como los generadores de toda vida en común respetable. La democracia directa en la calle, en la casa y en la cama se practicó con pericia tal capaz de rendir ante la evidencia: la inmensa cultura política acumulada y potencial de la sociedad se hizo efectiva sin más. Si hubo excesos fueron de

respeto, tolerancia, solidaridad, amor; sí, amor colectivo, a la especie y a la naturaleza. Como si un fuerte consenso se hubiera gestado en las entrañas de las experiencias comunes de la historia y surgiera con disposición total para aceptar pagar el precio, los altos costos, y correr los riesgos de la dignidad. Mujeres, niños, ancianos, pueblos indios, afroamericanos, homosexuales y lesbianas, campesinos, estudiantes, eclesiásticos, empleados, artesanos, expertos, técnicos, científicos, académicos, intelectuales declararon un no rotundo a la guerra y apostaron por la paz. Se opusieron al apocalipsis y abrieron espacio para el desenvolvimiento sin trabas de la tensión utópica.

Descubrieron en el ámbito donde lo extraordinario se manifiesta, el de la cotidianidad, que se podía lo imposible. Que tenían poder, capacidad de poder-hacer en la medida en que intentaran transgredir límites aparentemente irrebasables. No sólo el futuro dejó de ser una tentación, si no que se hizo presente en plenitud. Con perplejidad todas y todos descubrieron que el poder no viene de las máquinas, del *know how* o del *better know*, ni del dinero, la tecnología o de la fuerza, si no del asentimiento y cuando ese consentir se disipa, el poder se escurre de las manos de los dominadores como agua en una cesta. Tan simple como constatar que la pirámide se sostiene por la base...

En la intrincada resignificación en curso, la fuerza de la acción negadora latinoamericana hizo añicos ciertos mitos. La civilización moderna perdió su poder hegemónico en los imaginarios colectivos y dejó de ser comprendida (autocomprendida) como superior o más desarrollada. Acabó la ideologización eurocéntrica de las conciencias.

Como castillo de naipes se vino abajo la presunta exigencia moral que obligaba a desarrollar a los caracterizados e inventados como más primitivos, rudos, bárbaros, aunque no lo quisieran y mediante la sutil 'pedagogía' de pan y bombas... La pretendida y falaz unilinealidad del desarrollismo etapista dejó lugar a id-entidades múltiples y coexistentes, muchas veces gratamente complementarias. Dejó de justificarse toda violencia al quedar sin sustento los manidos argumentos 'humanitarios' de las guerras justas (muy sucias, por cierto) coloniales. Las víctimas se salieron del espacio ritual que les era asignado, recusando toda actitud sacrificial y exorcizando los holocaustos de los sedicentes 'salvadores'. Por supuesto, ello conllevó la disolución de las atribuciones de 'culpas' a las víctimas y la no aceptación de sufrimientos impuestos para alcanzar 'madurez' coercitivamente. En fin, la pérdida de la inocencia autoatribuida de los centros dominantes hizo redescubrirse en toda su inocencia a las auténticas víctimas de la irracionalidad de un sistema de poder 'moderno' asfixiante de toda experiencia de la alteridad.

Una caravana, un *humantour*, como dijera algún periodista con sentido del humor, encabezada por Rigoberta Menchú y José Saramago se puso en marcha organizado por los zapatistas y la Confederación Ecuatoriana de Pueblos Indíge-

nas para llegar cuanto antes desde esta América hasta el lejano Afganistán. Todos los medios de transporte fueron utilizados, menos, por supuesto, los peligrosísimos aviones. Por aire, mar y tierra avanzó esta caravana humanizadora hasta aquellas tierra ricas en petróleo y pobladas de empobrecidas poblaciones para llevar aliento y fraternidad. Las avanzadas globalifóbicas europeas, africanas y asiáticas llegaron antes en canoas, balsas, globos, camellos y bicicletas. El ambiente no se degradó. Por el contrario, se fueron sembrando plantas durante todo el viaje y ahora constituyen las huellas de una calzada por la que transitaban quienes se fueron percibiendo como ciudadanos del mundo, mientras avanzaban creciendo en número a cada paso. Todos los organismos internacionales humanitarios se sumaron a la caravana.

La capacidad antropofágica de esta América se mostró así en plenitud y ciertas preguntas pudieron repercutir a nivel internacional en todos los foros, atrayendo la atención de las más lúcidas inteligencias de aquel tiempo; aquellas inteligencias que tenemos todas y todos en nuestras vidas cotidianas, las cuales se nos fueron abriendo cada vez más y permitiendo la propia expresión. Mencionaron las preguntas, como algunas de las que se enuncian a continuación:

- ¿Con qué motivos y objetivos se pudieron producir los repudiables acontecimientos de esa fecha?
- ¿Qué antecedentes se podrían considerar?
- ¿No es francamente absurdo e insultante aprobar un presupuesto caracterizado como de 'defensa' de 340 mil millones de dólares, cuando la ACNUR solicita 250 millones para subsanar algunas de las carencias más urgentes de aproximadamente 5 millones de personas que sólo ante la amenaza de guerra, no la guerra declarada, ya padecen sin cuento al límite de la sobrevivencia?
- ¿No se sabía desde antes, cuando eran aliados, de los excesos, totalitarismos y brutalidades (especialmente contra las mujeres) de los ahora declarados como enemigos de lesa humanidad?
- ¿Quiénes son los oficiales y funcionarios de alto rango usamericanos sometidos a investigación y/o proceso por las fallas evidentes de su sistema de seguridad?
- ¿Cuáles son las pruebas y evidencias de las atribuidas culpabilidades?
- ¿Cómo apoyar a los ciudadanos *usamericanos* que se atreven con altísimo mérito a cuestionar a su gobierno, por lo demás bastante ilegítimo desde los requisitos mínimos de una democracia representativa? Aquellos que valientemente dejan su ignorancia a un lado y le exigen a sus gobernantes menos bravuconería y prepotencia y más responsabilidad. Los que recordaron lo fácil que es hablar de vigencia del estado de derecho cuando no han violado a tu hermana o matado a tus parientes. Insistieron: justamente en esos mo-

mentos límites la salvación no consiste como en la películas del *Far West* —que ni fue *far*, ni rigurosamente *west*, ni mucho menos tierra de nadie...— en desenfundar más rápido.

Etc., etc. Los interrogantes se ventilaron, se multiplicaron, la corporalidad latinoamericana se enquistó en su resistencia al consumismo, a la competencia indiscriminada, a los odios y terrores inventados. La población resistió al EWS (End of the World Sex) para reivindicar un erotismo exultante de movimiento, ritmo, gozo y creatividad. Las sociedades del mundo, con sus respectivas y enriquecedoras culturas, pudieron incluir el tiempo como variable constructiva y no meramente dilatoria. El cambio se hizo tropel. Fue la primera vez en que la cartografía rutinaria se puso de cabeza y el norte fue el sur... Surearse fue la consigna de la hora, repetida por los jóvenes en todos los rincones del globo. La historia siguió reencauzándose en una articulación inédita de justicia, paz, libertad e igualdad, cuya proyección geométrica hace hoy (año 2135 d.C.) factible la concreción de la esperanza.

